

la tierra perdurable

eugenio previgliano



[I] *Donde el agrimensor declara su desinterés por Buenos Aires, describe la fachada de la Facultad de Ingeniería, define la agrimensura, presenta al Ing. Papaleo, cita las opiniones de T. E. Lawrence sobre el pueblo árabe, alude sin nombrarlo al Rincón de Grondona y nombra, en cambio, dos veces a la capital de Francia.*

Siempre me llamó la atención este edificio, que no tiene nada de modesto: a pie, en automóvil, en colectivo o en taxi, no hubo vez que no lo mirara con curiosidad y cautela. Su apariencia episcopal, sus torres enormes, su aire gótico y el continuo entrar y salir de la gente despertaron desde un principio mi curiosidad. Los taxistas se ríen discretamente y los amigos a carcajadas, pero yo no siento que diga “Lasjeras y Pueyrredón”, no distingo mi acento rosarino como no distingo el olor de mi piel, salvo cuando vuelvo de las sagradas ocupaciones del amor sin darme una ducha. Y no estaría de más decir “aterricé” en lugar de “llegué” a la Facultad de Ingeniería: ignoro minuciosamente la ciudad de Buenos Aires, donde nunca estuve más de dos días incompletos y segui-

dos, la mayor parte del tiempo ocupado en trámites, desarreglos y obligaciones, irritado, apurado y malcontento; a diferencia de París, la Capital Federal me resulta extraña, hostil e incomprensible, y mi mayor motivación estando en ella es apurar el regreso a la ciudad.

Según me contaron, el edificio de Las Heras y Pueyrredón es obra del Ing. Arturo Prins, quien originalmente lo había proyectado en estilo Luis XIV pero después se plegó a las demandas de las autoridades universitarias, que preferían el gótico. La construcción se inició en 1912 pero se fue demorando, sufrió sucesivas reformas durante las décadas del 20 y del 30, para finalmente quedar por la mitad, con las torres trucas y los ladrillos a la vista. Estoy seguro de que el Departamento de Ingeniería Legal y la carrera de Agrimensura funcionaban ahí en los años 80, un ámbito tan irreal como el Departamento de Fisiografía de la Facultad de Ingeniería de Rosario, que está plagado de fantasmas, silencio y es recorrido por un viento suave y susurrante que toca con

delicadeza la piel de quien lo recorre. Tal vez esa atmósfera, que también reina en algunos ámbitos de la Universidad de La Plata, haya decidido a Lucas Kraglievich a abandonar la carrera de Ingeniería para dedicarse a la Paleontología, a la verdad mineral de las rocas y a la contemplación sin más de la naturaleza, neutra al valor por su propia esencia y protagonista de un tiempo que a los contemporáneos nos resulta inverosímil, urgidos como estamos por trivialidades.

La cuestión es que entré en el gótico edificio, y de inmediato me encontré obnubilado y tentado por desplazar de su posición de equilibrio al enorme péndulo de Foucault que seguirá, mientras escribo estas líneas, suspendido de las alturas, a un lado de la escalera. Como sabía perfectamente adónde iba y pretendía tener una apariencia solvente como aquella vez que, de joven, fui a una audiencia con el Papa, encaré la escalera mirando de reojo, sin flexionar las cervicales, al enorme péndulo inmóvil. Había —y es probable que siga habiendo en algún recoveco, entre las maquetas y los aparatos y dispositivos que

menciona el escritor, filatelista y químico italiano Santiago Grimani en *El fiat verde*, libro de 1974 hoy inhallable— un lugar para los profesores que fue el escenario de mi encuentro con quien sería mi socio. Vestido de riguroso traje azul y corbata al tono, el Ing. Papaleo me esperaba dignamente sentado a un escritorio de ministro. Generoso fue al presentarme a los colegas que lo rodeaban, invitarme a un asiento y convidarme con un café; curioso se manifestó al preguntarme sobre la tarea profesional que me llevaba a requerir su don de gentes, colaboración y sapiencia; cálido como de costumbre me pareció al saludarme, recordar episodios gratos y conversar animadamente, dando participación a los demás sobre el asunto que entonces nos ocupara.

El Ing. Papaleo, con títulos de posgrado, cultiva al igual que yo el antiquísimo arte de la agrimensura. Lo que nos toca en suerte es más o menos reconocer la tierra, administrar los límites y documentar los objetos territoriales legales que competen a nuestro país, y ocasionalmente a países extranjeros.

Los agrimensores seríamos —como dijo el Chacho Álvarez antes de ser vicepresidente en una charla sobre el agrimensor Scalabrini Ortiz— una avanzada de la civilización: primero se reconoce lo que hay, lo que puede haber, se le da entidad, se establecen los usos, se consolidan los límites, se publica el orden del territorio y atrás viene la civilización, es decir la guerra, el comercio, la industria, la agricultura, la ganadería, la navegación, los servicios públicos y los impuestos. T. E. Lawrence, el de Arabia, anota en su *Rebelión en el desierto* que una de las más importantes razones del fracaso de la Nación Árabe en su constitución como estado independiente devenida de la imposibilidad de crear y sostener un catastro territorial, un registro de los límites de las parcelas; pero, como sabemos que Lawrence era un agente colonial, no lo consideraremos a los fines de esta narración. El trabajo con el Ing. Papaleo se llevó adelante, se resolvió el conflicto de cientos de personas que necesitaban un límite para disponer plenamente de su propiedad, cobramos jugosamente y supongo

que él habrá disfrutado de sus emolumentos como yo, aunque no me lo haya cruzado aquellos días por las calles de París.

Ahora bien, como el destino siempre tiene una prueba más para los hombres de acción, me tocó volver a la Capital para tomar un trabajo de poca monta, escasa complejidad y liviana ejecución. Para eso tuve que conseguir un ámbito recoleto donde poder analizar los resultados de mis investigaciones en el terreno, hacer cálculos y redactar memorias que justificaran mis decisiones respecto a la fijación de límites en este caso. Qué mejor, pensé livianamente, que volver al edificio de Las Heras y en ese verdadero templo gótico de la ciencia enmismarme en mis cavilaciones la tarde entera hasta resolver todos los problemas de gabinete que se me plantearan y así poder tranquilamente emprender mi camino de regreso a El Cairo con la satisfacción de otra tarea bien hecha. Pero eso no fue todo. Contra mis planes de ir, pensar, calcular, dibujar, escribir y volverme contento, por la contingencia de verme allí trabajando, el agrimensor

Díaz Colodrero me propuso participar de una tarea casi épica en la Provincia de Santa Fe, en un lugar muy próximo a Rosario. Se trataba de un trabajo para una empresa enorme y poderosa, en el que debería codearme con personas de alta alcurnia, y a mí que soy descendiente de italianos no me costó nada tomar la decisión: acepté y, fiel al juramento ¿euclideano?, antepuse los intereses de mis comitentes a los míos propios y firmé, acordé y empecé la campaña.